

## III.

**Viaje original.**

Unos tras otros, como estaba convenido para no llamar la atención, salieron de la casa que Gonzaga alquiló á su llegada á Londres en las inmediaciones de la plaza que hoy lleva el nombre de Grosvenor. El mayordomo había despedido previamente á los dos ó tres criados que los servían.

Salió, pues, el último en compañía de su amo y con la llave en el bolsillo, pues no quería que nadie se enterase de su ausencia hasta que se hallasen lejos. En consecuencia, fueron á alquilar una carroza que los llevase á Douvres, y la hallaron sin gran inconveniente, merced, más que al dinero que ofrecían, á sus disfraces.

Solía acaecer que los mercaderes de Amsterdam y de las ciudades hanseáticas que acudían á Londres para sus negocios eran propietarios y armadores de los buques que los transportaban hasta la desembocadura del Támesis. Sus grandes fortunas les permitían grandes

gastos, y los comerciantes de la capital británica los atendían con singular agrado.

No había, pues, nada de extraño en que dos mercaderes holandeses se hicieran llevar en coche á Douvres; pero no sucedía lo mismo por lo que respecta á los enrodados, transformados en histriones, peregrinos y bohemios.

Toda la banda salió de Londres al caer la noche; y como no eran de temer malos encuentros en el camino, en cuanto pasaron las últimas casas de la ciudad los caballos del coche de Gonzaga emprendieron una marcha rápida. El Príncipe, muellemente recostado en los almohadones, escuchaba á su mayordomo, que hacía rato meneaba locuazmente la sin hueso.

—No niego que la tentativa es atrevida, audaz—decía;—pero todo consiste en hacer bien las cosas. Por mi parte seré prudente y tendré cuidado de prevenir los peligros para llegar al fin sin estorbos; pero quizás me den demasiado que hacer otros.

—¿Lo dices por mí, maese Peyrolles?—interrumpió el Príncipe cambiando de postura para reirse más cómodamente—¡Pardiez! ¡El pícaro se las echa de gracioso! Supongo que no tendrás intención de retenerme en tutela.

—Vamos á arriesgar nuestra libertad, Monseñor, y quizás nuestra vida. Suceda lo que

quiera, importa que vos y yo quedemos á salvo, para lo cual sólo veo un medio: hacer que ejecuten los demás, y no tomar parte nosotros sino en un caso indispensable, extremo.

El caballero frunció las cejas: ya sabemos que era valiente.

—Lo que me pides no está en mi carácter. En cuanto á ti personalmente, eres muy dueño de no comprometerte.

—Monseñor, ¿hemos de trabajar para los otros, ó ellos para nosotros?

—¡Voto á cribas! ¿Ya no soy yo el que tengo los hilos?

—Sí, por cierto, Monseñor. Razón de más para que hagamos mover los fantoches—repliqué el factótum, acentuando el plural para hacer ver que pretendía su parte en el triunfo y en el botín.

Gonzaga lo advirtió, y se encogió de hombros.

—Sea—dijo, harto ya:—pongamos que somos los dos, tú y yo; pero no comprendo bien lo que podríais hacer sin mí, maese Peyrolles.

—¿No deberíamos continuar vuestra obra si llegaseis vos á desaparecer?

La frase tenía indudablemente doble sentido tácito al ser pronunciada por la boca de un hombre tan pícaro. Felipe de Mantúa lo pensó así, y en la oscuridad del carruaje trató de

ver los ojos de su mayordomo, que fingía mirar por la ventanilla.

—¡Peste!—exclamó por fin.—¿Tendrías por ventura el deseo de que yo desapareciese ó de contribuir á ello? No juegues á quién es más astuto, Peyrolles, y no trates de chocar el barro de que estás formado con el bronce de que yo estoy hecho: te prevengo que será peligroso. Si alguna vez delego en alguien mi venganza, no será en ti, á buen seguro; y menos te confiaré otros poderes.

Todos aquellos hombres habían llegado á tal grado de antipatía, que se desafiaban á veces y se sentían capaces de matarse unos á otros. Sin embargo, si Gonzaga podía prescindir de Peyrolles pasándose con sus *enrodados*, el mayordamo, falto de la protección de su amo, caería indudablemente á merced de la banda, expiando sus insolencias y su duplicidad.

Felipe de Mantúa había adivinado. Desde hacía tiempo el cauteloso é hipócrita factótum combinaba en su pensamiento el modo de continuar la lucha *cuando faltara el Príncipe*, costase lo que costase y exclusivamente en provecho suyo. No por eso dejó de responder melosamente y con fingida humildad:

—Me asombra, Monseñor, que así podáis interpretar mis palabras, cuando conocéis mi

lealtad y abnegación, que tendréis bien pronto ocasión de poner en parangón con las de los otros.

—¿De quién quieres hablar?

—De vuestros gentileshombres, monseñor.

—Mis gentileshombres me obedecen sin razonar, y, en cambio, tú razones con más frecuencia que obedeces.

—Os aconsejo, sin embargo, que los tengáis bien amarrados, sobre todo á Montaubert, Nocé y Taranne, pues los demás sólo hacen bulto.

La palabra del mayordomo fué interrumpida por una brusca sacudida de la carroza; al mismo tiempo apareció una cabeza en el cuadro de la ventanilla, y de su boca salieron las siguientes frases, pronunciadas con la fuerza de la indignación:

—Probablemente á título de granuja, mae-se Peyrolles, es como os contáis por tres; ¿no es así? En todo caso, nuestra abnegación cuesta mucho más barata y es mejor, de mejor ley que la vuestra.

El factótum, aterrado, se había recostado en el fondo del carruaje; el Príncipe echó mano á su daga, y soltó la carcajada antes de empuñarla: había reconocido la voz de Nocé.

—¡Éh! ¿Cómo os halláis aquí para escuchar lo que hablamos?

—¡Pardiez! Hace mucho que estamos acompañandoos Lavallade y yo. No nos gusta mucho viajar á pie, y al ver pasar vuestra carroza y observar que iban vacías las plazas destinadas á los lacayos, nos hemos subido á la trasera.

—Pero ¿cómo habéis podido reconocernos?

—¡Oh! No nos hemos valido de sortilegio alguno; podéis creernos. Los artistas nómadas como nosotros son muy expeditivos. Con mi puñal hice en la cubierta del carruaje un agujero que me permitió oír la voz de Peyrolles y distinguir su nuca, á la que por muy poco no ha hecho cosquillas mi acero.

Y se echó á reír en las narices del aludido, que, molesto y vejado, no se atrevió, sin embargo, á replicar.

—Así pudimos oír todo lo malo que piensa de nosotros este pobre diablo. Ya lo sospechábamos; y le perdonamos de todo corazón, ya que nos permite que le sirvamos de lacayos de ocasión, lo cual da descanso á nuestras piernas.

—Bueno; volved á vuestro sitio: con callarnos, en paz.

—Muchas gracias, Monseñor. En cuanto amanezca os dejaremos, pues no sería conveniente que gentes de vuestra calidad llevasen saltimbanquis por lacayos.

Y dicho esto recobró su sitio junto á Lavallade; pero en vano escuchó: los de adentro

dormían ó parecían dormir. Así recorrieron algunas millas, sin que ni una ni otra pareja pronunciase una palabra. Seguían la ruta que al pasar por Rochester, Chatham y Cantorbery va de la capital al puerto de mar, cuyas bravías costas cantó Shakspeare en su *Rey Lear*. De repente Peyrolles elevó su voz á través de la capota agujereada.

—¡Hola! ¿Qué tenemos delante? Al claror de la Luna me parece ver una escena de Aquelarre. El camino no parece libre. Id á ver lo que pasa, señores.

—¡Voto al chápiro! Id vos, y así os enteraréis por vuestros propios ojos. Así nosotros podremos defender á nuestro señor, cosa que sois incapaz de hacer. De todos modos, sea Satanás mismo ó sus demonios familiares, nosotros, Lavallade y yo, pasaremos adelante: perded todo cuidado.

El mayordomo hizo una mueca maldiciendo entre dientes al insolente. Él les había impuesto su voluntad; pero empezaba á comprender que los enrodados, sobre todo tres de ellos, iban á hacerle pagar cara su tiranía con epigramas é insolencias. Mandó detener el coche y escuchó. Oíanse gritos, votos, imprecaciones, palabras inglesas mezcladas en una jerga incomprendible.

—¡Voto á bríos! ¡Marchemos!—ordenó Feli-

pe. —Estamos armados, y nuestros caballos nos barrerán el camino. ¡Cochero! ¡Al galope, y pasa el coche por encima de esa gente si no se hace á un lado!

El automedonte obedeció. No puede describirse la sorpresa de Gonzaga y sus compañeros al llegar al sitio de la refriega y ver que dos peregrinos, en los cuales reconocieron á sus amigos, montaban á caballo.

Tampoco el Barón y Oriol gustaban de andar mucho á pie, y el segundo sudaba y se reventaba al tratar con sus cortas piernas de igualar el paso de su compañero, preguntándose con ansiedad si podría llegar á Douvres. Para colmo de desgracia, se le había desatado la correa de una de las sandalias, y no siéndole posible arreglársela por la oscuridad, veíase próximo á tener que andar descalzo. Así dejaron atrás la ciudad de Brauley, y un cuarto de hora después oyeron pisadas de caballos. Diéronse con el codo.

—¡Buena solución si pudiéramos apoderarnos de ellos!

—En efecto—replicó el Barón.

—Pero tendrán propietarios, que sin duda no los cederán fácilmente.

—El propietario de un caballo es el que lo monta, no el que lo lleva de las riendas—dijo de Batz filosóficamente.—Agazapémonos en este

matorral, dejémoslos llegar, y de un garrotazo en la cabeza de los hombres los hacemos soltar y nos apoderamos de los caballos.

Quiso la casualidad que no tuvieran que habérselas sino con dos lacayos armados de látigos y que, sorprendidos por el ataque, opusieron débil resistencia, gritando más que luchando. Así, cuando llegaba la carroza de Gonzaga todo había terminado. Los lacayos yacían maltrechos en la cuneta del camino, gritando maquinalmente: ¡Al ladrón!, mientras los falsos peregrinos emprendían á galope hacia Douvres.

El Príncipe adivinó fácilmente lo sucedido.

Cuando los alcanzó hizo detener el coche, y sacando la cabeza por la ventanilla gritó á los dos bribones:

—¿Qué significa esto? ¿Así entendéis vuestro papel? ¿De ese modo pensáis portaros en Francia?

Detuviéronse en seco algo perplejos al oír la voz de su señor; pero al fin el alemán repuso:

—Aún no estamos en Francia, y como ese pícaro, como ese buen señor Peyrolles, quiero decir, dijo que...

—¡Más bajo!—ordenó el Príncipe, que no quería satisfacer la despierta curiosidad del cochero inglés.

—¡Y sobre todo nada de nombres propios! —agregó el factótum.

—Más bajo, y nada de nombres. ¡Bueno! Pues como se nos dijo que éramos responsables de nuestros actos...

—¡Soberbios actos los vuestros! ¡Que lo digan esos dos pobres diablos de lacayos!

—Apostaría á que ese buen santito gordo les ha dado la absolución—dijo Nocé haciéndose ver de sus compañeros.

—No la ha querido—dijo riéndose ruidosamente el Barón.—No somos de la misma religión.

—¿Sabes tú mismo cuál es la tuya?

—La de tomar lo que nos hace falta donde lo encontramos.

—¡Bueno; basta de cháchara! Puesto que ya habéis hecho el mal, aprovechaos y apretad bien el paso. Que no vuelva á veros hasta la hora convenida. ¡Largo! Y tened cuidado; que Montaubert y Taranne que van delante no os vean y les agraden vuestros caballos.

Los falsos peregrinos salieron á galope. Por fortuna, no encontraron en su camino á los *bohémios*. Éstos se habían embarcado en el Támesis hasta Wisable, lo que les ahorra más de las tres cuartas partes del camino.

Venticuatro horas después de su salida de Londres, á la caída de la noche, todos nuestros

asociados hallábanse en los muelles de Douvre. Peyrolles les buscó pasaje en los distintos barcos que salían al amanecer del día subsiguiente para los puntos indicados, y vendió los caballos robados, con gran pesar de los peregrinos, que pensaban embolsarse el producto. Pero el mayordomo menos pródigo, destinó el producto de la venta á comprar el oso que había de ser compañero de Montaubert y Taranne.

Era difícil de encontrar, y en vano recorrieron la ciudad durante todo el día, acompañados de Peyrolles, que se interesaba mucho por ellos.

— ¡Pobres diablos! — decía. — Han perdido su ganapán que se les ahogó en el Támesis y desearía favorecerlos proporcionándoles otro.

Pero en vano ofreció sumas relativamente importantes. Llegó la noche sin haberlo hallado. Sin embargo, los bribones suelen tener suerte. En la posada de *Dover castle*, donde se alojaba la banda, comían dos hombres que eran los guardianes del único oso que había en la población. Pero no estaba en venta.

Peyrolles los hizo hablar, y supo que un rico muy original y sabio naturalista había dotado á Douvre de una especie de museo en el cual reunió á su costa una docena de animales apocalípticos, que no hacían mal papel por no tener, competidores. El oso era viejo, y había



... sacó el oso de su jaula...

sido exhibido por una tropa de saltimbanquis en casi toda Europa.

Los dos guardianes, muy mimados por sus nuevos amigos, que parecían interesarse mucho por las curiosidades del museo, no tardaron en rodar debajo de la mesa ebrios de ginebra y whisky, y mientras dormían apaciblemente, Peyrolles, que se había apoderado de las llaves, sacó el oso de su jaula y lo embarcó con toda tranquilidad y con el bozal correspondiente, aunque no tenía ganas de morder.

Por poco ocurre una revolución en Douvre al enterarse el pueblo de la desaparición del animal, á quien tanto querían todos y tan embobados contemplaban.

Inútil es decir que Peyrolles se había largado al mismo tiempo que el oso, temiendo que por el hecho de haber buscado con tanto interés un plantigrado durante todo aquel día sospecharan de él y le arrastrasen. Pero todos los enrodados se embarcaron tranquilamente, dispuestos á acudir á la cita en París en la taberna de la calle Guisard, donde habían de encontrarse con Gendry y sus bandidos.

La mar estaba en calma. Felipe de Mantua, tendido sobre almohadones, reflexionaba, con más fe que nunca en su estrella. Recordó que la noche de su primer asesinato el Jorobado le había dicho:

—Si tú no vas á Lagardère, Lagardère irá á ti.

Y era él, Gonzaga, el que iba, dispuesto á la lucha suprema; lucha sin misericordia ni tregua. Era preciso acabar de una vez: ó Lagardère, ó él.

Nunca se había acumulado tantos peligros contra una y otra parte. Hasta entonces todas las maquinaciones fracasaron, pero esta vez hallábase decidido á jugar el todo por el todo, y tenía grandes esperanzas de salir vencedor, confiado en los recursos de su imaginación y en los medios criminales que se preparaba á emplear.

Su mano caía por cima de la borda; aquella mano tan manchada de sangre que no hubiera sido suficientes para lavarla las aguas todas de todos los mares. Y el inmenso globo solar apareció por sobre las olas rojo también, teñido de sangre, tan rojo, que Felipe de Mantua tuvo que desviar la vista de él.

Dentro de algunas semanas, quizás algunos días—pensaba—se alzaría lo mismo en el horizonte; pero llegaría una tarde en que ó Lagardère ó él, Gonzaga, no podrían verle desaparecer por Occidente.

Y por entre sus dientes apretados pasó como con pena esta pregunta envuelta en un suspiro:

—¿Cuál de los dos?